

al alcance de los hombres, o del hombre, en la medida prevista y ordenada por Dios.

En él, la persona y la sociedad, no ya en lucha entre sí sino mutuamente sirviéndose, concurrirán al cumplimiento del fin que les es propio, y que solamente puede ser contrapuesto cuando, en vez de la norma del orden, es la vida desordenada la que regula sus relaciones. Por eso podía decir León XIII, hablando de la meditación del Principio y Fundamento: *omni civitatis ordini instaurando vel una sufficit.*

“LA HORA VEINTICINCO” Y LA TECNICA COMO INFRA-RELIGION

Por el DR. JUAN PICHON-RIVIÈRE. — Buenos Aires

Quando Marx y Engels escribían en su «Manifiesto» :«La Burguesía forma un mundo *a su imagen y semejanza*», empleaban el léxico de la religión cristiana, lo cual revela su preocupación esencial: suplantar esta religión por el sistema comunista ateo fundado sobre la ciencia natural. Ahora bien, no nos olvidemos que Marx contaba sobre el capitalismo para el desarrollo de los factores que iban a producir la sociedad comunista. Y el capitalismo hizo todo lo posible, desde entonces, para que esos factores se desarrollaran libremente. El *liberalismo*, su ideología, es esto: como Política es la nulidad absoluta; es una *infrapolítica*¹, es decir, una ideología *que no alcanza* el fin que se propone y, además, hace el «caldo gordo» a su adversario. La política no es solamente un conjunto de normas negativas, de prohibiciones. Es mucho más; es una organización de la naturaleza humana en función del bien común y del fin sobrenatural del hombre. Es un obrar, una actividad típica del hombre. Pero cuando el hacer monopoliza la acción, aparece el *homo faber*, tanto en el capitalismo como en el marxismo.

La ciencia para el comunismo, como para nuestros cienti-

¹ En un estudio especial abordo el tema: «La hora veinticinco o la técnica como infrapolítica».

ficistas, no tiene otro objeto sino un dominio sobre la naturaleza y una técnica cada vez más perfecta de adaptación y bienestar material. La eliminación de la Moral (la Política es parte de la Moral) contribuye a dar a la infrapolítica su mayor peligrosidad.

La infrapolítica es pura técnica pues el capitalismo no conoce otra cosa más que una «moral de la producción»; de ahí que los medios de producción constituyen el tema de los dos bandos en lucha. El tema central de «*La hora veinticinco*» es precisamente esa tecnificación de la sociedad occidental. Es la obra más ilustrativa escrita hasta hoy sobre este fenómeno y su consecuencia fatal, la deshumanización del hombre. Lástima que el autor, observador agudo de nuestra realidad social, no haya visto la dimensión política del hombre, cuya pérdida en el hombre actual lo ha convertido en infraciudadano.

Esta deshumanización aparece con clarísima evidencia en algunos capítulos de la obra, y no resisto a la tentación de reproducir uno de los párrafos más significativos. «Las máquinas no toleran el desorden», dice el funcionario de una fábrica que inicia en su labor al protagonista. «Las máquinas no toleran la anarquía, la pereza y la indolencia humana. No te estará permitido pensar en otra cosa. Las máquinas te castigarán en seguida si así lo haces. Toda tu atención deberá fijarse en un robot, en tu camarada, en el obrero técnico que acarrea la caja y te la entrega. No tendrás más que inclinarte, cogerla de sus manos y depositarla en la carretilla. El robot no puede adaptarse al hombre. *Eres tú quien tiene que adaptarse a él* y coordinar tus movimientos a los suyos; ¡es lo normal! Pues él es un obrero perfecto, como tú no podrás llegar a serlo jamás. Ningún hombre puede ser un obrero perfecto. Sólo las máquinas pueden serlo. Y nosotros los humanos, tenemos que observarlas para aprender a trabajar. *Ellas te enseñarán la disciplina, el orden y la perfección*».

¿Puede concebirse una herejía mayor contra la naturaleza humana? El naturalismo preparó el terreno para destruirla; la técnica terminó la obra. Las leyes de la máquina se aplican al hombre: «La Sociedad contemporánea se ha organizado y funciona según leyes técnicas. Es una sociedad creada según las necesidades mecánicas y no humanas». «Las leyes de la máquina

han sido elevadas a rango de leyes sociales». «Con ello —concluye nuestro autor— los hombres pecan gravemente y se hacen culpables ante Dios. Procedemos contra nuestro propio bien con todas nuestras fuerzas, procediendo, por lo tanto, contra Dios».

Nunca se ha atentado más profundamente contra la esencia de la naturaleza humana; la razón y la libertad destruidas por el maquinismo. La estadística, la burocracia, el Estado todopoderoso han suplantado estos nobles atributos del hombre.

Al endiosamiento de la ciencia ha seguido el endiosamiento de la máquina, *frente de todas las perfecciones*. Es la nueva providencia que a todo proveerá; el *progreso* de nuestro hombre moderno tiende a esto.

Pero este progreso no tiene nada que ver con el *perfeccionamiento* del hombre. Ya está olvidado hace tiempo el distinguo entre el obrar y el hacer; este último ha monopolizado todo el actuar humano. El *homo faber* es el discípulo del esclavo técnico; es el *ciudadano* tal como lo concibe Gheorghiu. La Moral ha sido suplantada por una técnica de la producción. «La Sociedad técnica trabaja exclusivamente según leyes técnicas, manejando solamente abstracciones de planos y teniendo una sola moral: la producción».

No puede haber perfeccionamiento en el desorden de la naturaleza humana, ni en una concepción unilateral de ella, lo cual implica un verdadero desorden. Sería interesante averiguar cómo la técnica, hija del orgullo, ha servido al mal.

El mal, por otra parte, ha sido reducido al mal físico; el mal moral ha sido desplazado por él. La técnica sólo puede atacar el mal físico. Pero he ahí que los factores más eficaces para combatir el mal físico son los factores morales. Pero el hombre moderno ha optado por la materia y quiere tratar a la materia para curar el espíritu.

Nuestro autor señala como una característica esencial de nuestra sociedad técnica el desprecio del ser humano. La eliminación de la caridad cristiana es, pues, una consecuencia del maquinismo. «El hombre moderno sabe que sus semejantes, y hasta él mismo, son elementos que pueden reemplazarse». Toda la obra está llena de escenas que constituyen otras tantas pruebas de esa falta de caridad. Iohann Moritz, el protagonista, es su víctima principal. La tecnificación reduce al hombre a una sola di-

mención y ya no es nuestro 'semejante el que vemos en el despacho donde reina el «ciudadano» de Gheorghiu, sino un número, una abstracción cualquiera.

La Fe ha sido suplantada por la fe en la ciencia y en la técnica. Ningún fracaso, por más patente y directo que se presente, puede quebrantar la fe del hombre moderno en la ciencia y en la técnica. Dos guerras mundiales y una tercera en preparación no son suficientes para hacerlo dudar. Los herederos de Descartes han olvidado la duda metódica.

En cuanto a las esperanzas puestas por el hombre moderno en la técnica, podemos decir sin exagerar que ellas suplantaron en su espíritu la Esperanza. Esto es una realidad tanto en la Rusia Soviética como entre nosotros.

El paraíso terrestre prometido por el marxismo es un ideal adoptado también por nuestros admiradores de la tecnificación de la sociedad.

Esta actitud del hombre moderno frente a la ciencia (ciencia empiriológica, es decir media ciencia) y a la técnica, configura un verdadero sustituto de la religión; es una *infra-religión*.

No tiene nada que ver tampoco con la verdadera ciencia, pues al divorciarse del ser, la ciencia que engendra a la técnica no alcanza la sabiduría.

Por otra parte, al atacar directamente la esencia de nuestra naturaleza impide todo perfeccionamiento moral. Al reducir la acción al hacer, repito, cierra todo camino a la perfección.

Hay un aspecto de este olvido absoluto del perfeccionamiento moral, que es posiblemente el más peligroso; es la liberación que opera la técnica en algunas tareas específicas del hombre y que indirectamente sirven para su perfeccionamiento. Desde la facilidad con que los niños aprenden a leer y se inician en el aprendizaje de algunas materias, hasta las grandes funciones que antaño eran reservadas a la personalidad individual y que ahora están delegadas en el Estado, son muchas las tareas donde se elude el esfuerzo personal y se lo encarga a la técnica. En cuanto al organismo, de esta eliminación del esfuerzo ya dijo su opinión autorizada Alexis Carrel.

¿El psicoanálisis no es acaso una técnica de esa liberación?

Por otra parte, la técnica ha aumentado enormemente esa

tendencia del hombre a buscar el placer y a confundirlo con la felicidad. El gran ideal del hombre moderno es el confort.

La gran lección que surge del libro de Gheorghiu es la demostración más patente que hasta hoy se haya hecho de que el conflicto actual no es precisamente entre dos mundos, Occidente y Oriente, sino una lucha interna, «una revolución interior en el marco de la Sociedad técnica occidental». «Rusia se convirtió en la rama más avanzada de la Civilización técnica occidental; adoptó todas las teorías de Occidente y se limitó a ponerlas en práctica. Redujo al hombre a cero como había aprendido de Occidente. Transformó toda la sociedad en una inmensa máquina como había aprendido de Occidente». (Epílogo).

De ahí que ningún congreso, ningún convenio, ninguna guerra puede arreglar nada. Sólo un sincero retorno a la naturaleza humana ordenada a su fin temporal y sobrenatural puede salvarnos. Pues para luchar contra los enemigos de nuestra naturaleza no hay arma menos eficaz que el ideal sostenido por ellos. Si bien para vencerlos necesitamos de todo el poderío de la técnica actual, no olvidemos que ese medio, ese instrumento no es un fin; ni siquiera es un medio suficiente para obtener la victoria. Sólo el alma es capaz de vencer a la materia; demos un alma a nuestra civilización y volvamos los ojos a Quien estampó su imagen en ella. Será entonces el Gran Retorno.